

Borges el memorioso*

Borges en un momento de su vida

- B**orges, hace quince años estuvimos juntos, en enero, en este canal...
- Sí, puede ser, mis fechas son malas.
- ...inaugurando un programa que se llamó «Sábados Continuados». Había muchas chicas que le aplaudieron y usted vino con un elegantísimo traje blanco...
- ¡Caramba!
- ...Con su bastón.
- Sería otro bastón, este es nuevo, es chino.
- ¿Es chino?
- Sí, de China Town de Nueva York, muy lindo, muy firme y hueco, no pesa nada.
- Claro, porque el otro bastón nuevo que tiene, el africano...
- Sí, es muy lindo.
- ...Pero no tiene la curva de éste. A usted ¿le preocupa eso?
- Claro, éste es más seguro.
- ¿La medida de los bastones que tiene es exactamente la misma?
- No, a veces me equivoco, algunos son demasiado cortos... Uno que compré en Italia; llegué a encorvarme, por ejemplo.
- Una vez le comenté una linda historia y a usted le llamó mucho la atención, es un cuento digno de London. Se refiere a un enano que trabaja con bastón en el circo y que tiene miedo de crecer. Otro enano, que no lo quiere, le empieza a limar el bastón y éste se aterroriza porque cree que está creciendo...
- Entonces pierde su gracia...
- El bastón, como las pipas, para algunos seres que usan pipa y bastón, se ha convertido, además de en un instrumento útil, en un objeto de elegancia y de colección, ¿eso es para usted el bastón?
- No, pero siento que, de algún modo, hay una amistad, aunque no es compartida, porque el bastón no sabe que yo existo. Cansinos escribió sobre eso de que es tan

* En diciembre de 1981 Antonio Carrizo le hizo a Borges esta entrevista, en un canal de televisión, en Buenos Aires. La transcripción fue hecha por Consuelo Triviño.

triste el amor de las cosas porque las cosas no saben que uno existe. Es decir, una persona colecciona joyas o libros pero está sola, de algún modo. Es triste eso.

—*Al cabo de la historia pareciera que las cosas han coleccionado gentes...*

—Es cierto.

—*Usted tiene un poema que se llama «Las cosas».*

—Me dijo Mujica Láinez que ese era mi mejor poema y quizás el único. Lo dijo porque no era malo, luego de tantos años...

—*Usted nos está debiendo una antología. Ya publicó una de trabajos elegidos por usted...*

—Sí, me la publicaron en Madrid.

—*...Ahora habría que editar una antología de todos los textos suyos que han elegido sus amigos, porque para Alicia Jurado su mejor poema es uno, para Manuel Mujica Láinez es otro, para Silvina Ocampo, otro; para Bioy Casares...*

—Yo no tengo tantos amigos, sería un libro de diez páginas.

—*Usted ha dicho muchas veces que escribir una sola página recordable (ha llegado a la exageración), una sola línea perfecta es ya válido para un escritor.*

—Es que si una sola línea no es perfecta, no existe. Es decir, una novela puede más o menos engañarnos, podemos pensar (todo se reorganiza en el recuerdo) que es buena, pero, en cambio, una línea, una estrofa, un soneto, pueden ser juzgados y se ve si son falibles o no.

—*Así también, ¿un hombre lleno de defectos puede ser redimido por una virtud o por un momento de su vida?*

—Yo he ampliado mucho esa idea de un momento de la vida. Eso, sin duda, lo tomé de *La divina comedia* porque Dante, en el Infierno y en el Purgatorio, no exactamente en el Paraíso, nos muestra un instante y ese instante es el esencial. Seguro que él inventó esa técnica.

—*Y vale, ¿es verdadera? o ¿es literaria?*

—No lo sabemos. En cambio Oscar Wilde afirmó que cada hombre, en cada instante de su vida, es todo lo que ha sido y todo lo que será. Cuando él escribió esa frase, ya era lo infame, la cárcel y, al mismo tiempo, seguía siendo el afortunado autor de comedias y epigramas. Yo no sé si serlo le resultaría interesante.

—*Para un católico no es una idea exacta; para un protestante quizá.*

—Eso depende. Si es calvinista, sí; si es luterano y cree en la gracia, no. Yo creo que es cuestión de creer en el libre albedrío, porque si hay libre albedrío, entonces cada hombre no es en cada instante de su vida todo lo que será. Los caminos se bifurcan, pero si uno cree en el islam o en la predestinación, en ese caso sí, tiene razón Wilde cuando dice que todo hombre es todo lo que será. Leibniz en la *Monadología* profesa una doctrina idéntica. Él dice que cada uno es una mónada que está incomunicada pero tiene su vida prefijada. Creo que le dieron el siguiente ejemplo: «Vamos a suponer que César no hubiera sido asesinado por sus amigos», y Leibniz contesta: «Eso no importa, él estaba predestinado para esa muerte y la habría sentido aunque no hubiera ocurrido». Es la idea de que cada hombre está solo y está condena-

do a un camino, es la misma de Wilde, pero él lo dice de un modo más increíble todavía. Lo de Wilde podemos aceptarlo, ya tenemos el hábito de aceptarlo por el ingenio, pero cuando Leibniz lo propone seriamente, gravemente, esto disiente.

—*Es un castigo a Oscar Wilde no estudiarlo, ¿es justificado?, ¿es merecido?*

—No, creo que Wilde pensaba profundamente, pero por elegancia prefería decir lo que tenía que decir en forma epigramática, sonriendo. En cambio, Leibniz no. Él creyó en eso y lo afirmó tercamente, pero con razones. Sin duda, Wilde lo sintió y pensó mucho, prefirió darle a su pensamiento la forma de epigramas y bromas, con una suerte de elegancia...

—*De dandysmo...*

—Sí, tal vez... Para no quedar como un vanidoso decía las cosas al pasar, pero él sabía que eran importantes.

—*Usted, ¿ha caído en la cualidad, o defecto, de alguno de los dos? ¿Ha sido serio, rotundo y medular en su literatura? o, como Wilde, ¿ha caído en la elegancia y en el dandysmo?*

—Cuando era joven, yo era muy solemne. La solemnidad es un defecto de la juventud, pero creo que el joven, sea solemne o barroco para escribir, por esta desconfianza, piensa: «si yo digo lo que tengo que decir de un modo sencillo, todos se dan cuenta de que es una trivialidad; mejor voy a decirlo de un modo solemne». Por eso, los jóvenes buscan una literatura barroca. En cambio, a mi edad, uno trata simplemente de ser comprensible y sencillo. Pero cuando era joven, no; yo quería ser Lugones, Quevedo, y escribir en un estilo barroco, y lo hacía por timidez; ahora no; digo las cosas sencillamente y les doy cierta impunidad (la gente atesora lo que yo digo); el joven, no; está lleno de dudas.

—*¿Temía ser Borges cuando era joven?*

—Sí, posiblemente, sí.

—*Y al cabo de los años, Borges, ¿ya no teme ser Borges?*

—Me he resignado, más bien. Cuando era joven curiosamente temía o quería ser Quevedo o Lugones, desde luego no lo era, pero mi intención era esa. Creo que toda mi generación quiso ser Lugones, el movimiento ultraísta se debe a eso, al deseo de definir con metáforas alarmantes, como Lugones, aunque luego nos volvamos enemigos de él, pero de hecho, no porque no podíamos ver una puesta de sol sin decir: «Y muere como un tigre el sol eterno», una metáfora lindísima de Lugones. Por muchas circunstancias el sol ha perdido el poder, y la fuerza de los dos, además del color amarillo que los une: «Y muere como un tigre el sol eterno/ y temple el cierzo formidable la Arabia/ y paraleliza su real infierno el suplicio de mármol/ toda la Escandinavia...». Es un poema espléndido, además Lugones no conoció Suecia. En una línea muy sencilla en ese poema describe el mar, luego una nave (desde lejos él ve que ha partido) y dice: «Y se desea buena suerte a la nave», lo cual parece que es cierto, uno desea buena suerte a una nave y es raro que Lugones haya dicho una cosa tan sencilla e inmediata y aparentemente tan negligente.

Borges y el lector

—Al redactar un texto, usted piensa en facilitarle las cosas al lector.

—Sí, yo creo que es un deber de buena educación.

—Eso me recuerda la visita que le hizo a Lugones, con González Lanuza, los dos eran muy jóvenes y por timidez empezaron a tratar mal a Lugones.

—Lugones se dio cuenta de que lo hacíamos por timidez y nos perdonó. Cada uno tenía miedo de que el otro lo encontrara demasiado obsecuente y entonces ya dimos en la mala educación. Recuerdo una anécdota que oí en Concordia en días pasados. Se trata de un entrerriano que hablaba de su hermano, que decía que éste había sido hombre de guitarra y de truco, muy aficionado a fiestas, hasta que un día lo mató un mal educado. Qué lindo, mal educado, qué raro, eso no parece del interior sino de Córdoba. En todo caso, cuando cuento la historia (se la he contado a muchos amigos), siempre tiendo a decir cordobés, parece menos entrerriano que cordobés; además, tal vez lo mató un mal educado que se hizo notar por la falta de educación.

—Usted habló de educación y de cortesía cuando le pregunté sobre la relación estilística, en todo caso, entre escritor y lector.

—Yo diría estilística simplemente porque, cuando uno escribe el lector es uno, de modo que uno debe tratar de escribir algo que sea comprensible para ese otro lector en que se ha desdoblado. Al escribir no pienso en los lectores sino en satisfacer una necesidad y si yo fuera Robinson Crusoe escribiría en mi isla desierta.

—Piensa escribir para una minoría absoluta que en realidad es usted.

—Sí, claro, puesto que cuando uno escribe lo hace en primera y en tercera persona también.

—Y por qué razón fue depurando su estilo hasta la austeridad del lenguaje de sus últimas obras, ¿por qué cambió el lector Borges?

—Será porque el estilo lujoso me parece feo. Un palacio es quizá no menos indefendible que un conventillo. La idea del lujo me parece atroz y la de la miseria también. Pertenezco a la honesta clase media que quiere equidistar del lujo y de la pobreza o trata de hacerlo.

—Y aquellos que usan o abusan del lujo...

—...guarangos, diría yo, no sé si está mal eso. Yo recuerdo que Mallea se molestaba cuando en la Academia Argentina de Letras se hablaba del Palacio Errázuriz y decía: «Nosotros no necesitamos un palacio para hablar sobre palacios, los podemos encontrar en cualquier parte». Creo que Mujica Láinez se resignaba fácilmente a la idea de un palacio.

—Usted ha dicho que es tan indefendible la idea del palacio y del lujo como la de la miseria...

—Bueno, según Bernard Shaw, lo malo del sistema capitalista es eso, que da pobreza a unos y ocio y tedio a otros, pero que los ricos son víctimas también. Prueba de eso es que la gente rica hace, sin cobrar un centavo, cosas por las cuales otros cobran: bailan gratis, juegan al golf gratis, cosa que no haría otra persona.

—Pero se salva la clase media... a la que pertenece usted.